

De Ícaro y su enfrentamiento con el dios del fuego

PRUDEN TERCERO NIETO



Capítulo 1

1

Mi querida damisela, hoy te voy a llevar lejos, muuuy lejos en el tiempo donde apenas podemos alcanzar con los deítos de la mano y menos aún abrazar y sentir con el alma a esos personajes con quienes nos encariñamos tanto. Casi te estoy contando y estremece con sus primeras guirnaldas de luz parajes y sendero por donde Dédalo y su hijo Ícaro pasean. El revolotear de pájaros, aves y otros seres que habitan la minúscula e impresionante isla de Creta, agita brevemente arbustos, trenzas de encinar o higuera que pueblan el laberinto que padre e hijo construyen para el rey Minos. Apenas al anochecer cuando la isla duerme su latido al respiro del mar y de las olas se escucha el susurro sobre la importancia de aprender un oficio, desde el corazón, y no desde las manos.

Ícaro, como todo adolescente, sueña, sueña con comerse el mundo. Sueña con aprender deprisa, con todo lo que él haría con la habilidad con que su padre moldea cada pequeño latido de alce, de viento de poniente, de gorjeo milagroso. Despacio, con el alma, sonrío levemente su padre, cuando con las tijeras respunta cada tallo, cada bulbo... Sueña, ay mi pequeña elfa, con ser rey, con llegar a ser una figura mitológica de la talla de Zeus, o de Hércules, o de... Ayyayay... Sueña, cuando crepitan los últimos leños con el rumio de lobos y lechuzas, con construirse algún día unas alas y así encaramarse allá, al monte Olimpo, donde dormitan, aman y se llenan de poderes sin igual los dioses del Olimpo...

El sol besa tiernamente el prado donde descansan padre e hijo, cuando Dédalo descubre, muy de mañana, cómo su hijo ha desaparecido. Acude tembloroso y agitado al laberinto que le advirtió Minos que una vez finalizada su labor no volviera a pisar. Acude a la higuera que precede a la entrada atento al mínimo rumor de pisadas de su imberbe hijo. Cuando lo encuentra, el sol engalanándose desde lo alto, Ícaro se halla gravemente herido por las cornadas del salvaje animal. Un atronador mugido sofoca al fatigado pero musculoso anciano con su hijo entre las manos. Un ser mitad toro mitad humano trota fuertemente sobre ellos sin que el padre recuerde el camino de vuelta...

Pequeñas luciérnagas relampaguean sus músculos doloridos y la túnica herida de sangre... cuando Dédalo alcanza a ver entrecortadamente la respiración de la higuera. El minotauro estremece con sus mugidos el alma de padre e hijo. Cuando padre e hijo caen por fin en el lecho, limpiadas y cosidas las heridas de Ícaro, aún se estremecen a causa de los mugidos de dicho monstruo y una leve nostalgia y tristeza que le recorre gravemente... el alma. Quizás, mi pequeña, esta sensación que estremece al buen Dédalo en el viaje de Creta a Knossos le vuelve crecida

cuando al llegar al mercado de Knossos le cuentan las buenas nuevas de la muerte del animal a manos de Teseo.

Teseo, mi pequeña lectora de la magia de esas lejanas estrellas, había sido apresado por el rey de Creta y castigado al increíble laberinto. Monstruo y hombre habían entablado una feroz lucha que acabaría con la muerte del animal mitológico. Ariadna, la enamorada de Teseo, había conseguido ayudarlo, gracias al ardid de devanar lana hasta dar con su amado y, gracias a ella, encontrar el sendero de vuelta. Claro, pequeña, que los trovadores de entonces llamados aedos, ayayya, contaron la tremenda batalla. Claro, pequeña, que nuestro artesano escucharía en el lamento de la noche los últimos mugidos de la bestia que acabaría suicidándose encontrando el descanso en el arma afilada de Teseo.

2

Ícaro, a la llegada a Knossos, encuentra un devastador placer en las conversaciones con marineros; en las composiciones con que aedos y ciegos estremecen las noches aburridas de aquella ciudad fortificada, como la magnífica Troya. Sus composiciones, abriéndose en hermosos hemistiquios, cataban el espíritu aguerrido de todos los príncipes helenos que habían conseguido, gracias en último lugar, a la argucia de Ulises, echar abajo el orgullo de la ciudad troyana.

Ya el mercado revolotea, al pie de dicha construcción fortificada, adonde las gaviotas hieren apenas con sus gañidos, cuando el imberbe Ícaro comienza a beber de las primeras miradas y lisonjas que reparte con las núbiles doncellas que acuden al mercado. Él ayuda a su padre en la venta de objetos de artesanía y decoración. Interviene sólo para molestar las disertaciones con que su padre regala, en su particular Gimnasium, a quien acude a él con los latidos preparados. El pez aparece cuando el pescador se ha perdido tantas veces en el mar que entonces se apiada de él.. O algo así, mi pequeña. Algún día, mi querida infante, llegarás a adolescente y cual el joven Ícaro beberás también de dichos regalos. La noche se cerraba con las plegarias que el ya anciano Dédalo compone al anochecer, ayudado de un candil que agota su ya deteriorada vista.

Cierta noche, su padre acostado en la litera de al lado, Ícaro escucha, mi pequeña, unos fascinadores cantos o églogas, como se las llamaba entonces. El mar adormece con sus olas barcas y blandros de pescadores mientras el joven recuerda la imagen de su madre, Náucrate, con una sonrisa infinita que le estremece aún en mitad de la noche. Se da media vuelta convencido que el cansancio y el barato vino de las bodegas de Cnossos son los responsables. Pasados unos minutos, o unas horas, la verdad es que nuestro protagonista, ayayya, mi pequeña luciérnaga, algún día te contaré las locuras que hacen los jóvenes, se encuentra en ese duermevela de la inconsciencia cuando vuelven trémulos con su aire de dulzaina. El joven llega, incluso, en sueños a percibir esos cantos

interpretados por cuerpos esculturales de jóvenes, de hermosos senos y cabellera morena alborozada por desnudos hombros, pero, de la cintura para abajo, con cuerpo de pez. Piensa, mi lozana guardiana de bibliotecas, que son los mitológicos seres conocidos como sirenas.

Su nombre, recitado, cantado, nombrado con palabras atezadas de cielos le hace levantarse aún adormecido para ir abrazar a las sirenas cuando en el mar. En el espejo de agua refinado constantemente por las olas, sólo encuentra la luz trémula de la luna. Acostado, no puede evitar echarse a reír. Ícaro, sirenas, já.

3

Pasados dos días, en el día que conmemora a Hermes, el mensajero de los dioses, cuyas alas en los pies le hacían alcanzar en un santiamén cualquier región por alejada que estuviera, una noticia, que lo alcanza desde la lejana Ítaca, le llena de emoción, Odiseo ha alcanzado por fin su tierra, enfrentándose a todos los pretendientes a quienes su mujer, Penélope, había intentado apaciguar con un manto que entretejía durante el día para destejer por la noche. No obstante, no pudo sino cerrar una fecha llegada la cual el pretendiente que fuera capaz de atravesar numerosos aros con una sola flecha se haría por fin con el reino de Ítaca. Su marido, vestido como un mendigo, fue, querida diseñadora de aedos, quien atravesó los aros y poco después el corazón de todos los hombres que lo habían pretendido deshonorar.

No puedes imaginar, mi intrépida reportera, cuán se hincha su corazón, cuán se llena de espíritu aventurero. Tal que, a escondidas de su padre, acuerda con los marineros salir en el primer viaje rumbo a Ítaca. Así se dirige a donde descansan ambos y se echa a dormir, le habían prometido que en el próximo viaje saldría con ellos. Con ratoncillos en los ojos aún queda profundamente dormido a la espera del nuevo día. No sabe cómo ni por qué se descubre de nuevo en la playa esa noche, mi querida diseñadora de islas del tesoro, pero y ese día no recordaba haber caído en los brazos de Dionisio, el dios del vino, allí estaba escuchando con más fuerza su nombre repetido por las olas, por el viento, por el arrullo de las olas desperezándose en el agua, la marejada baja.

-Hola, Ícaro, pretendido hijo de Dédalo, descendiente de Hefesto, el dios de los herreros. –la voz lo seduce desde su luz trémula pero cálida. La voz le recorre desde los pechos de la joven apenas tapados por su cabellera blanca.

-Nooo... No eres la sirena –exclama al ver que todo su cuerpo va acompañado de unas piernas igual de bien diseñadas que cualquier obra de su padre, pero con un toque de sensualidad que no ha sentido nunca.

-Claro que no, querido y delicioso joven, sólo soy Selene. -el pecho del joven aquí sufre una caída en cascada. Selene es el nombre que los antiguos bardos helénicos dan a la luna.

-Pero, entonces....

-Sí, joven soy la luna. -La mirada se torna tan eterna como la misma noche. Los labios no es preciso que hablan. El mismo joven es capaz de sentirlos en comunión con todo lo que le rodea.

-Querido Ícaro, no disponemos de mucho tiempo. Sólo estoy aquí para entregarte este medallón. Tu padre se encuentra en grave peligro. Helios, el padre del Minotauro, se ha vengado ya de quien fuera Teseo, pero su deseo no ha acabado ahí. Quien lo encerrara en el laberinto debe pagar, según él. No es mucho lo que ha de tardar. Este medallón posee el poder de ocultar a cualquier mortal de Helios, pero habrá de marcharse... Ten, encamínate rápido y házselo llegar.

Cuando el joven quiere responder Selene, digo la luna, digo... uffff... pequeña selenita, mucho lío hasta para mí, ya ha desaparecido. Esa noche, nuestro Ícaro, se remueve inquieto ante las pesadillas donde Helios acude y asesina delante de él a su padre. El medallón, adormeciendo su temblor plateado, descansa herida sobre sus trémulas manos.

4

El día siguiente, el día de Zeus, nuestro joven protagonista anduvo con los marineros y con las doncellas que recorren alborozadas puestos y mercado. Ni siquiera las promesas de los pescadores ni los brazos jóvenes y rollizos de las jóvenes pueden despertarlo de sus preocupaciones. En las ofrendas que los marineros por la noche ofrecen con su pesca de dos semanas al dios Zeus Ícaro se revuelve inquieto con el medallón en la mano. ¿Y si lo había soñado? ¿Y si todo era fruto de su imaginación y su necesidad de hacerse a la aventura? Su corazón, mi pequeña liebre pronta a la aventura, sin embargo se rebela. Sabe que en las palabras de aquella mujer que dijo llamarse Selena no había sino verdad.

Al anochecer, se halla buscando a la mujer donde la había dejado la anterior vez. Su nombre se precipita, plegaria e invocación, en sus labios. Selene, Selene, Selene... Sin saber cómo su cuerpo se materializa de repente frente a él. Desnudo, como en la ocasión anterior, pero sin estar deliciosamente bañada por el agua. No puede evitar sentirse, ayayay estos hombres, atraído por esta presencia que ejerce sobre él una atracción magnética.

-Joven Ícaro, creí haber sido lo suficientemente asertiva. Tu padre está en peligro y aún no has hablado con él, ni le has hecho entrega del medallón de la diosa Hera.

El joven no atina a decir nada. Sólo quiere que la noche no se acabe nunca. Sólo siente la necesidad de abrazar aquellos brazos, de sentir la calidez de sus senos, de su vientre.

-Heeraaa...

-Sí, Hera. Mi pequeño interlocutor. Aquí hay más fuerzas de las que en apariencia se ven. El medallón lo fabricó un gigante de los que ahora están apresados bajo tierra para huir la mirada del enojado Zeus. No me preguntes ahora cómo ha llegado a mis manos. Es cuestión de días y aún no has actuado.

-Pero, Selene, sólo soy un impetuoso joven. No hago más que maldecir a mi padre y defraudarle.

La voz de Selene entonces se hizo más honda, más melódica. Al pronto arrebató todos sus acordes, todos sus latidos.

Lo besó en sus cabellos. Lo besó en sus mejillas. Entregándole un pequeño secreto que se abre paso entre sus órganos internos hasta llegar a su corazón. Selene, quien él había sentido tan apasionadamente, es en realidad su madre.

-Pequeño Ícaro, tu padre es en realidad Helios, no Dédalo como imaginabas. Pero has heredado de él tu fuego interno. Sólo tú sabrás cómo enfrentarlo.

La mañana le encuentra desnudo y helado en la playa adonde le despiertan los primeros ladridos de los perros que acompañan a los madrugadores marineros.

5

Al día siguiente rehúye constantemente la presencia de su padre Dédalo. La mirada es la misma con que indaga cautelosamente en el alma de las cosas. La delicadeza con que toma el desayuno. Las hebras grises con que escucha como los primeros mercaderes ponen en marcha sus puestos y productos. La atención con que dedica sus primeras oraciones al ara del hogar. La lonja de pescado que recibe las primeras merluzas, salmones y doradas rosas que abren los tenderos con el mayor orgullo.

No obstante, su alma, como siempre con tendencia a la rebeldía, se niega a no ver en él a su padre. Cada uno de los recuerdos impresos en su alma joven. Cada una de las charlas con que su padre le advierte en el pasado.

Cada latido que se escapó de él al ser rescatado en el laberinto. Todo ello extiende su mar de hibisco y poniente cuando le dirige al fin sus palabras.

-Dédalo –las palabras rompen como un dique en sus labios estremecidas.

-Lo sabes, ¿verdad? –las manos de su padre le sacuden el cabello.

-Sí, también sé que estás en peligro. Toma –coloca en su cuello el collar que le dio Selene. Quizás más como botella que se echa en el mar, mi pequeña, que como protección. No lo entiende. Ahora que sabe que no es su padre es cuando más lo siente como un padre. –Es momento de que huyas y guardes todos tus tesoros en otra ciudad. Quizás Atenas, padre mío.

-Ahora sabes, has de saber que no marcharé, querido Ícaro. No he vivido tanto como para salir huyendo. Toma –el collar descansa en las manos de Ícaro que se niega, que no puede escuchar...

-Nooooo... –sus palabras salen como un volcán desatadas- Perdí a mamá no puedo ahora perderte a ti...

La marejada de palabras, mi querida guardiana, que no reproduciremos aquí no evita el abrazo que padre e hijo se dan al marcharse. La noche marcha con el hijo en el recinto donde construye su padre. Recién la aurora despunta sus trémulos abrazos de luz, la obra se acaba terminada. Las alas de cera son un presente que Ícaro dedica a su antepasada Hera. Ni las palabras de su padre, Dédalo, ni el canto que trémulo aletea en su corazón de su recién reencontrada madre, Selene, parecen pararle. Los marineros no saben que la aventura no se encuentra lejos. Se encuentra siempre ahí, donde el alma no ha de rehuir la lucha.

Recoge el medallón que su padre arrojó al pie de la lonja y recién se abraza decidido a sus alas de cera. Se pone en marcha al cielo, deteniendo al carro de Helios, en su recién iniciado camino desde el Oriente, para enfrentarse a él. Sus alas de cera, derritiéndose peligrosamente pero sin remitir su determinación. El Titán conocido como el dios del sol no acabará con su padre, Dédalo.

Cariño y aquí hemos de dejar el relato porque aquí se nos acaban las palabras de los mitos, esos tejidos de acordes que traducen tantos autores desde hace muuuchooo tiempo, donde se nos recuerda que Ícaro cayó al agua con las alas derretidas. Quizás lo que no nos cuentan es la cara de orgullo con que Dédalo abraza el cuerpo de su por fin recobrado hijo. Con cuántas lágrimas lo llora. Con cuánto amor y pocas palabras intenta devolverlo a la vida. Lo que no nos cuentan es cómo Selene, por fin, rotos sus cadenas autoimpuestas, con la excusa de arroparlo, cuando éste se encuentra dormido, arranca los ojos al Titán para que no pueda encontrar a Dédalo ni vengarse en más hombres. Los relatos, querida

guardiana de acordes, mencionan cómo Helios, ciego, busca siempre a quien le ha afrentado tan gravemente, pero ni dios ni ser humano ayudan a quien arrebató la vida a su propio hijo.

Mas aquí hemos de dejarlo porque quedan tantos relatos por contar.